

**Benny CARLSON, *Swedish Economists in the 1930s Debate on Economic Planning*, Londres, Palgrave Macmillan, 2018, 166 pp.**

El libro de Carlson se inicia con una introducción excelente sobre el por qué, cuándo, qué y cómo se desarrolla el debate sobre la planificación económica en Suecia. Al leer el libro uno tiene claro el compromiso que entraña esta tarea porque, de principio a fin, se está explicando algo al lector. Es posible que la gran dificultad resida en explicar por qué en tiempos de crisis es necesario acordar la intervención del Estado en la economía, más allá de la asignación de fondos entre fines públicos y privados. En el caso de Suecia, podemos argüir que, durante la década de los treinta, hubo un núcleo de propuestas económicas sostenidas por un conjunto de economistas, acordes al pensamiento económico keynesiano, cuya lógica permitió la aceptación de una nueva política económica.

El lector familiarizado con la historia económica mundial podría omitir el segundo capítulo sin gran pérdida. Así, el autor dedica un breve capítulo 2 al contexto internacional dedicando especial atención a la situación económica y social de Gran Bretaña y Estados Unidos. El tiempo y las circunstancias del momento delimitan el marco de análisis. La crisis de 1929, la contracción del comercio internacional, el derrumbe del patrón oro en 1931, el *New Deal* de Roosevelt y, en definitiva, el aumento del desempleo en todos los países, abrió sin duda una nueva línea de avance para Keynes, para Hicks y también para los economistas que integraron la Escuela de Estocolmo.

En el capítulo 3 aparecen las grandes figuras del pensamiento económico sueco. La afirmación de que el capítulo se centra en los *big five* no puede pasar desapercibida. El autor selecciona a Gustave Cassel, Eli Heckscher, Gösta Bagge, Gunnar Myrdal y Bertil Ohlin. Si bien en estas hojas no se dispone del espacio necesario para un tratamiento detallado, recordemos muy brevemente los lineamientos de estos economistas.

Cassel, Heckscher y Bagge representaban el pensamiento clásico heredado que se oponía a la planificación. Cabe recordar que la planificación económica centralizada significaba la nacionalización de los medios de producción. A la luz de los años, el propio Hayek, en el prólogo que añadió a «Camino de servidumbre» en la edición de 1976, señaló que «[...] socialismo ha llegado a significar una profunda redistribución de las rentas a través de los impuestos y de las instituciones del Estado benéfico». Sin embargo, a finales de los años veinte y principios de los treinta, el debate se centraba fundamentalmente en torno a la intervención del Estado en la economía.

La joven generación, con Myrdal y Ohlin a la cabeza, influida por un contexto diferente, socioliberal al principio y socialista después, tomó las riendas y captó toda la importancia del momento abogando por la planificación. A pesar de la disputa de ideas, el autor del libro deja claro que ambos economistas reconocieron las aportaciones de la generación anterior a la par que descartaron la posición de sus mentores. Si bien había un cuerpo heredado de ideas económicas similares, Myrdal y Ohlin eran claramente pensadores de otra generación. Podría decirse que Ohlin, en mayor medida que sus compañeros, se vio influido por las propuestas del Partido Liberal de Inglaterra en 1928-1929, es decir, mucho antes de la fuerte irrupción de la obra de Keynes en Suecia. En cierto modo, esa discusión académica entre unos y otros es lo que da sentido al libro puesto que todos ellos se enzarzaron en enconadas disputas intelectuales que el autor desarrolla con maestría en el capítulo 4.

En un largo capítulo el autor traza con gran detalle y erudición la evolución de las ideas de estos pensadores en el curso del debate de la política económica del país. «Liberalism at the Crossroads» es el título de dos artículos publicados por Ohlin en 1927. El título no era inocente, como tampoco lo es el epígrafe del libro de Carlson así titulado. La disparidad de opiniones era un hecho, pero también hubo ideas que gradualmente ganaron aceptación. Por ejemplo, en lo tocante a la política económica, Heckscher, Cassel y Ohlin pusieron en duda la aplicabilidad del sistema soviético a la economía sueca y condenaron la planificación de un Estado totalitario. Ohlin y Myrdal, se ocuparon de dejar claro que la planificación era inevitable, pero no había de conducir en ningún caso a un régimen totalitario.

Cuando en 1934 el Partido Socialdemócrata Sueco se declaró favorable a la planificación, una parte importante del debate ya había sido liquidado. El énfasis del autor es manifiesto en la última parte del capítulo 4, cuando señala *We Are All Planners Now!* M. Blaug nos recuerda que la relación existente entre Keynes y el pensamiento keynesiano de los gobernantes suecos es uno de los grandes enigmas de la llamada revolución keynesiana. Véase «*Economic Theory in Retrospect*», 1962, capítulo 15. Así, el libro de Myrdal (*Monetary Equilibrium*, 1934) anticipa muchas de las conclusiones de la *Teoría General* de Keynes. Más allá de la controversia generada en torno a esta relación, hoy en día está fuera de duda que antes de 1936 la escuela sueca ejerció una gran influencia sobre la política económica del país.

Carlson subraya a lo largo del libro lo importante que fue el apoyo intelectual de los economistas suecos en la política económica frente a la crisis de los años treinta. Frente a la posición tradicional, fueron emergiendo nuevos escritos con nuevas razones y los pensadores suecos encontraron un lenguaje que les permitió entenderse con los keynesianos. Como se sostiene en el capítulo 4, el resultado fue que las recomendaciones de política económica aclararon el panorama económico y favorecieron la viabilidad política en Suecia. En otras palabras, la prosperidad del país y el desarrollo del estado del bienestar actual deben mucho al debate intelectual que tuvo lugar en Suecia de la mano de toda una generación de economistas que influyeron sobre lo que «debe ser». Conviene recordar la famosa frase de Myrdal: «[...] nunca ha existido una “ciencia social desinteresada” y, por razones lógicas, no puede existir».

Al final del libro hay una comparación del pensamiento de Hayek y E. F. M. Durbin, cuya lectura resulta más interesante cuando el lector está familiarizado con la historia del pensamiento económico. Durbin defendió la planificación y la expansión de los servicios públicos y ello no fue óbice para que este economista y político reconociese igualmente la importancia del mecanismo de precios.

Las conclusiones invitan al lector a reflexionar sobre el que quizás siga siendo el gran debate, es decir, la combinación adecuada entre competencia e intervención. La discusión sobre esta cuestión señala una vez más la dirección hacia la que nuestra vida política se encamina.

PATRICIA SUÁREZ  
Universidad de Oviedo